

No has olvidado bailar y besar

Breve historia de un amor sin fin

MIGUEL TORRES

Tusquets, Bogotá, 2020, 171 pp.

COMO EN una novela corta del escritor japonés Yasunari Kawabata, en esta novela del escritor bogotano Miguel Torres hacemos una inmersión en la inmortalidad de un amor juvenil que acompaña toda una vida. Miguel Torres proviene del mundo del teatro, es director y dramaturgo de memorables obras como *La siempreviva*. En las últimas dos décadas se ha dedicado a la novela, creando la magnífica Trilogía del 9 de Abril.

Esta novela nos pregunta a tientas qué es bailar, qué es besar y sobre todo qué es escribir. A diferencia del fluir febril de novelas de iniciación como *¡Que viva la música!* de Andrés Caicedo, en la madurez de Torres asistimos no al entierro de las ilusiones juveniles a la manera de las sonatas novelescas tardías de Tolstói, sino a la consagración de las primaveras que llevamos prendidas a la piel. Novela carnal ante todo, con saudades matizadas a ritmo de bolero. Novela que puede leerse al pie de la chimenea, como diría Joaquín Sabina. La historia se concentra en la Bogotá de finales de los años cincuenta, en la que el escenario es completamente diferente del que vemos en las novelas anteriores del autor; quien ha leído sus obras se encontrará con otros *moods* y con el deambular insomniaco de un hombre que busca afanosamente y sin descanso el amor de sus amores. Como en el bolero de Leo Marini, "Historia de un amor", el lector seguirá de cerca las pasiones, extravíos y desventuras de dos personajes marcados por la danza, el teatro y la devoción de los sentimientos boleroscos.

Al leer esta novela, recordamos otra, *Mil grullas*, de Kawabata. Con una mirada muy introspectiva sobre los sentimientos, la pregunta por el deseo nos trastoca, y como lectores en trance nos dejamos arrastrar por el vaivén de lo que se busca entre líneas al dar un beso o decir un "te amo", para luego pretender volver a la realidad, violenta y ajena a las caricias de los amantes:

[...] casi siempre quería hacer de su partida un momento brusco, pero hoy era como si por primera vez alguien estuviera cálidamente a su lado, y él se dejaba arrastrar de buena gana. Hasta entonces no había visto cómo podía acompañar la oleada femenina. Al entregar su cuerpo a esa ola, sintió incluso una satisfacción que era como adormecerse en la victoria, el conquistador a quien un esclavo le lava los pies. (p. 42)

Torres ha escrito en esta novela la historia de sus propios pasos, no tanto en forma de memorias sino en el trasegar mismo de las búsquedas intermitentes que confrontan la vida real, la vivida, con la imaginada. Como lo vemos en una entrevista, el autor manifiesta explícitamente cuál fue el propósito de su escritura:

[...] lo que narra el libro es real, la búsqueda es real... yo fui a esos barrios, busqué en los directorios telefónicos, pregunté en la comunidad judía si la conocían... todo esto es real. La novela tiene muchos tramos reales. Pero nunca la encontré. (Simón Granja, entrevista a Miguel Torres, *El Tiempo*, 12 de octubre de 2020, p. 13).

Algunos escriben para recordar y otros para olvidar. Algunos pretenden olvidar. Torres se debate entre los lugares reales de Bogotá y sus ruinas (este sí un pasaje secreto entre su teatro y sus novelas anteriores) para no olvidar, para resistirse como Sábato a ser deshinchado por los fantasmas. Más bien los mira de frente y se deja seguir por ellos en movimientos inconscientes de la memoria. Recordemos que la memoria, como lo apuntaban el filósofo francés Henri Bergson y el novelista Marcel Proust, no es un espacio concreto de almacenamiento de lo que solemos llamar recuerdos y que los franceses nombran justamente como *souvenir*, como presente y como regalo, es decir, como una muestra de la inactualidad del pasado, de la vivacidad sonora de lo acontecido. La memoria es un acontecimiento que el arte, y en particular la literatura, ponen a prueba a la luz del supuesto olvido, pasajero o duradero. Torres es un gran novelista

del tiempo y del falso souvenir, como Proust. Esta novela tan bogotana tiene la acción suspendida del danzón, el sonsonete sutil de las parejas que bailan un bolero acompasado con los ojos cerrados. Es bogotana no solo por el espacio en que sucede, sino por la impronta de sus poetas, como José Asunción Silva. Es una novela de nocturnos, de un ir y venir entre velas de viejas tabernas desaparecidas, entre la lumbre del palpar de los amantes.

[...] la única que podía desenredar esa endiablada madeja era Dina Rosenthal. Solo ella, si estaba viva. Y si estaba viva, ahora, con más razón, tenía que dar con ella. Y la única manera de dar con ella sería rondando la casa donde había visto entrar a las brasileñas. Me había tomado el tercer vodka. La botella seguía ahí, al alcance de mi mano. Alargué el brazo. (p. 141)

La novela está dividida en dos movimientos. El primero es la anunciación del primer amor y su realización como goce pagano por ello mismo tan efímero. El segundo se enmarca en la brutal e inesperada despedida que se traslada, cincuenta años después, a las búsquedas de Peter, el personaje principal, tras las huellas imposibles de Dina.

[...] amor divino, eres mía, mía, solo mía, grité a mi vez, y nuestros gritos se fundieron en un solo clamor estentóreo mientras sentía la incontenible oleada de placer que penetraba en lo más profundo de su cuerpo. Nos encontramos en la ciénaga de un beso sin fondo, abrazados, los dos uno solo, húmedos, jadeantes, dichosos. Fue la primera vez en mi vida que me sentía absolutamente feliz. Rato después estábamos tendidos uno al lado del otro, acariciándonos en silencio. ¿Hay más vino?, preguntó de repente. Creo que todavía queda algo, dije. Me levanté y serví empujando la botella hasta verla vacía. Por este gran amor, brindó Dina. Chocamos las copas. Ella vació la suya de un solo viaje. Yo hice otro tanto. Pon un bolero, murmuró. Quiero que lo bailemos desnudos. Recordé uno de Lucho Gatica. Tal vez el más indicado para la noche que estábamos viviendo los dos. Lo

NOVELA	RESEÑAS	
<p>saqué de la funda y lo puse a girar en el tocadiscos.</p> <p>Reloj no marques las horas porque voy a enloquecer ella se irá para siempre cuando amanezca otra vez. (p. 117)</p> <p>Y con este bolero de Lucho Gatica, la novela se interna en esa brecha entre los dos instantes de la vida del personaje y su sombra amorosa. Por un lado la nave va, el amor, el deseo, la sensación de plenitud, y luego se suceden los adioses y el esperado reencuentro que tomará toda una vida.</p> <p>Nos dice el filósofo francés Jean-Luc Nancy que en un mundo sin dioses, donde lo sagrado ha sido abandonado por los dioses, son los hombres en su profunda orfandad ya no los que esperan señales del destino, sino los que tienen que crearlas y recrearlas, sobre todo en el arte: “Su boca ya no puede sonreír, sus manos ya no pueden bendecir. Ha perdido tanto la caridad como la serenidad. Quienes aún saben rezar, quienes todavía conocen la misericordia, ya no lo reconocen”, expresa el filósofo.</p> <p>Dicha empresa puede parecer vana para muchos, pero no para los que hacen y escriben su vida amorosa con la intensidad acompasada del son de El Bacheloz, como Miguel Torres.</p> <p style="text-align: right;">Alberto Bejarano</p>		